

CAPÍTULO 1: ¿CÓMO HEMOS LLEGADO AQUÍ?

UN VIAJE POR EL TIEMPO

Te propongo un juego: un acertijo. ¿Qué tienen en común Muhammad Alí, Jane Fonda, Martin Luther King, Ban Ki-moon, Angela Merkel, el papa y tú mismo? Es posible que tengas el golpe de derecha de Cassius Clay, las dotes interpretativas de Fonda, la ensoñada oratoria de King, la medida diplomacia del secretario general de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), el firme estatismo de la canciller de Alemania y el fervor religioso del papa Francisco cuando el San Lorenzo salta a la cancha. Aunque lamento confirmarte que nada de lo anterior es lo que os une. Ah, se me olvidaba decirte que te he hecho trampas: este no es un juego cualquiera, es real.

Ese vínculo entre vosotros del que te hablo existe, y voy a demostrártelo. Ten un poco de paciencia, subamos al DeLorean y viajemos al pasado: lo mejor será que empecemos por el principio.

Los papeles del Pentágono

Estamos en 1967. San Francisco vive su «verano del amor». La ciudad se ha inundado de jóvenes que lucen flores en el pelo y le cantan a la paz y a la liberación sexual. El movimiento *hippie*, el feminismo y el ecologismo viven su clímax, y en el viento flotan las respuestas con esencia de hierba de una nueva generación.

A esa misma hora, y a miles de kilómetros de allí, en Washington, un hombre camina en círculos sobre la densa alfombra que cubre su despacho. Nervioso y taciturno, dos sombras violáceas bajo sus ojos delatan sus habituales desencuentros con la almohada. Cuenta por toda compañía con un vaso de *whisky* sin hielo y un cigarrillo perenne que sostiene con dedos temblorosos. Todavía no sabe que será esa misma compañía la que acabará con su vida no demasiado tiempo después. Es Lyndon B. Johnson.

El presidente ha pedido que no le pasen llamadas. Qué lejos quedan los días felices de su gran victoria electoral, cuando arrasó a los republicanos con más del 61 por ciento de los votos. Y de eso sólo hace tres años. Pero la guerra en Vietnam ha convertido su sueño presidencial en una pesadilla que está a punto de hacerle renunciar a la reelección. El número

de bajas en el ejército de Estados Unidos se ha disparado. Los norteamericanos están sucumbiendo a la guerra de guerrillas que les han planteado los norvietnamitas y al desgaste de librar batallas en la jungla. La opinión pública no quiere ver llegar más ataúdes con muchachos que deberían estar jugando en los billares o estudiando para sus exámenes de la universidad. Las manifestaciones pacifistas se suceden de costa a costa por todo el país, y la popularidad de Johnson se ha desplomado.

Por si fuera poco, está lo de ese boxeador rebelde, Muhammad Alí, antes llamado Cassius Clay. Alí ha sido llamado a filas para combatir en Vietnam, pero el muy testarudo ha declarado: «Tío, no tengo nada contra esos vietcong», y se ha negado a viajar. Como castigo, ha sido condenado a cinco años de prisión y se le ha desposeído de su título de campeón del mundo de los pesos pesados, siéndole también retirada su licencia para competir. Desafortunadamente para Johnson, estas medidas no han tenido el efecto deseado. El caso de Alí ha despertado una enorme corriente de simpatía ciudadana hacia la figura del boxeador, que parece más decidido que nunca a pelear fuera del *ring* contra la guerra.

También Martin Luther King se ha convertido en un quebradero de cabeza para las autoridades. Su activismo en defensa de los derechos civiles, y de los afroamericanos particularmente, está generando disputas sociales, y ahora también se ha sumado a las protestas pacifistas pronunciando un elocuente discurso en el que habla de «romper el silencio» contra la guerra de Vietnam.

Poco después, una joven Jane Fonda, que ya es estrella de cine, viajará a Vietnam para inmortalizarse junto a combatientes norvietnamitas, subiendo varios grados la temperatura del conflicto.

El gobierno estadounidense trata de mantener una imagen pública de optimismo respecto a tal ofensiva, pero los medios de comunicación han lanzado una gran campaña antibélica, encabezada por periodistas como Tom Wicker, célebre columnista de *The New York Times*, o Art Buchwald, el escritor humorístico de *The Washington Post* que años después ganará el Pulitzer.

Y, si el optimismo de Johnson en privado hace tiempo que se evaporó, su optimismo público también tiene los días contados. En este momento, un joven y prometedor economista de nombre Daniel Ellsberg acaba de regresar de servir en Vietnam. A pesar de su corta edad, tiene una amplia experiencia en inteligencia militar. Antes de combatir en la guerra ha trabajado como analista estratégico en la Corporación RAND, una especie de *think tank* (o instituto de investigación) que forma a los miembros de las fuerzas armadas en Estados Unidos. También ha servido en el Pentágono bajo la tutela del secretario de Defensa, Robert McNamara.

Terminada su estancia en Vietnam, ha reingresado en la Corporación RAND, de nuevo a las órdenes de McNamara, que le ha hecho un encargo muy especial. Ellsberg forma parte de un estudio de alto secreto sobre los documentos clasificados de la gestión de la guerra, y es una de las pocas personas que tiene acceso a la totalidad de los archivos gracias a un permiso de seguridad de alto nivel. Muy pronto, estos documentos serán mundialmente conocidos como los «papeles del Pentágono».

Ellsberg es un buen soldado, un teniente primero leal y un brillante intelectual, pero el curso de la ofensiva en Vietnam está a punto de colisionar con la línea de flotación de sus valores. En poco tiempo comenzará a asistir a actos y conferencias contra la guerra, lo cual le hará tomar conciencia de lo que está sucediendo en Vietnam y de cómo el Gobierno de su país lleva años engañando a los ciudadanos y al Congreso sobre un asunto de importancia estratégica.

Dentro de tres años, y ayudado por un excompañero de la Corporación RAND y de miembros del equipo del senador Edward Kennedy, Ellsberg realizará en secreto varios juegos de fotocopias de los documentos clasificados en los que está trabajando. Los papeles del Pentágono revelarán que Johnson tenía conocimiento desde el principio de que la guerra difícilmente podía ser ganada, y de que su prolongación produciría un número muy elevado de bajas, algo nunca reconocido públicamente.

Ellsberg entregará las pruebas al diario *The New York Times*, pero la administración del ya presidente Nixon solicitará una orden judicial para paralizar la publicación. Será la primera vez que un gobierno federal es capaz de detener una edición desde los tiempos de Abraham Lincoln, durante la guerra de Secesión. Daniel distribuirá entonces los documentos a *The Washington Post* y a otros 17 periódicos, y, poco después, el Tribunal Supremo autorizará al *Times* a reanudar la publicación, en una sentencia histórica que será considerada como uno de los pilares modernos de la libertad de prensa recogida en la Primera Enmienda.

La filtración de los papeles del Pentágono desatará una campaña de desprestigio contra Ellsberg, orquestada por Nixon y Kissinger. Los agentes del FBI y de la CIA George Gordon Liddy y Howard Hunt (dúo que será conocido como «los fontaneros») pincharán el teléfono de Ellsberg e irrumpirán en la oficina de su psiquiatra, el doctor Lewis Fielding, en busca de materiales con los que chantajear a Ellsberg. Este mismo tipo de «trucos sucios» de sus «fontaneros» son los que provocarán la caída final de Nixon tras el caso Watergate.

Nixon y Kissinger buscarán la condena de Ellsberg por robo, conspiración y espionaje, pero su caso será desestimado cuando aparezcan evidencias sobre las escuchas telefónicas ilegales y el allanamiento ordenados por el gobierno. Después, Ellsberg escribirá varios libros,

continuará siendo un activo promotor de la paz y será galardonado con diversos premios en reconocimiento a su contribución a un mundo más seguro y transparente.

En 1967, Daniel Ellsberg todavía no se ha convertido en el mayor soplón de la historia de Estados Unidos hasta ese momento. Sin embargo, son tantos los frentes abiertos contra la guerra de Vietnam que Johnson empieza a temer que el movimiento pacifista pueda contar con algún tipo de financiación o ayuda exterior. Así, después de varias conversaciones con la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y la Oficina Federal de Investigación (FBI), el presidente apura el enésimo cigarrillo del día y levanta el teléfono: esto es un caso para la NSA.

NSA son las siglas en inglés de la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos, aunque también circula un atinado chiste que asegura que se trata de la forma abreviada de *No Such Agency* («no existe tal agencia»). Y digo atinado porque, durante años, la NSA oficialmente no existía. Fue fundada en secreto en 1952 por el entonces presidente Harry S. Truman, para dar alertas tempranas ante potenciales ataques como el de Pearl Harbor. Sin embargo, a lo largo de dos décadas operó siempre en las sombras, y su existencia no fue reconocida sino hasta los años setenta. Hoy en día la NSA es el enemigo público número uno de la libertad en internet. Los ojos del Gran Hermano.

Puede afirmarse, por tanto, que cuando Lyndon B. Johnson levanta el teléfono aquella tarde de 1967 lo hace para marcar el número de un fantasma. Sorprendentemente, al otro lado del aparato responde en seguida una voz que suena cercana y familiar —nunca comunicarse con un espectro resultó tan fácil—: es el director de la NSA, que depende del Departamento de Defensa.

La misión de la agencia, tal como aparece señalado hoy en su página web, consiste en «prevenir que adversarios extranjeros accedan a información sensible o clasificada vinculada con la seguridad nacional», además de «recolectar, procesar y diseminar información de inteligencia de fuentes externas para propósitos de inteligencia y contrainteligencia, y para respaldar operaciones militares». Y lo que teme Johnson es precisamente que algún rival extranjero esté intentando dañar la seguridad nacional suministrando apoyo a los grupos de oposición a la guerra de Vietnam.

La conversación dura pocos minutos, y su resultado, hoy desclasificado, es la creación de un nuevo proyecto de seguridad, el proyecto Minarete. A continuación, la NSA iniciará un gran despliegue para espiar las llamadas telefónicas, así como los mensajes de cable y télex de algunos de los líderes del movimiento antibélico. El seguimiento se prolongará durante seis años, hasta 1973, continuando tras el relevo presidencial de Johnson, al que Nixon sucederá en el cargo.

La lista de vigilancia de personalidades contiene más de 1600 nombres, y entre los elegidos están el boxeador Muhammad Alí, los activistas Whitney Young y Martin Luther King, la actriz Jane Fonda, el senador demócrata Frank Church, el republicano Howard Baker y los periodistas Tom Wicker y Art Buchwald.

Me dirás que vuelvo a hacer trampas, que esto sólo explica qué tienen en común Muhammad Alí, Martin Luther King y Jane fonda, pero que no da cuenta de su vínculo con Ban Ki-moon, Angela Merkel ni el papa Francisco. Y, sobre todo, me dirás que no explica nada de qué rayos tienes tú que ver con toda esta gente. Ten un poco más de paciencia, te lo contaré todo. En los próximos minutos. Subamos de nuevo al DeLorean.

Wikileaks

Hemos dado un salto de más de cuarenta años. Ahora estamos en 2010. Un chico de veintidós años de edad chatea en su ordenador portátil. Tiene la tez pálida y los ojos pequeños y azules; su pelo rubio luce cortado al rape. Se llama Brad, y su vida no es sencilla. A pesar de su aspecto frágil y su corta edad, el muchacho es un soldado de primera clase de Estados Unidos. Su condición de homosexual le ha puesto las cosas difíciles en su trabajo, pues todavía no se ha derogado la ley que prohíbe a los homosexuales servir abiertamente en las fuerzas armadas estadounidenses, motivo por el que es probable que le despidan. Además, Brad no encaja bien con el resto de sus compañeros; algunos de ellos, incluso, le han retirado la palabra por el simple hecho de ser gay. El joven no es feliz, y lleva un tiempo sospechando que sus problemas psicológicos pueden estar relacionados con un trastorno de identidad de género: Brad quiere ser una mujer.

Así lo explica él mismo mientras chatea en su ordenador: «Soy un analista de inteligencia del ejército, estoy destinado en el este de Bagdad y permanezco a la espera de ser licenciado por “problemas de adaptación”, en lugar de por un trastorno de identidad de género».

Como ves, las cosas no le van muy bien en el trabajo. Ya ha sido reprendido en varias ocasiones por divulgar más información de la debida en los mensajes de vídeo que envía a su familia y a sus amigos, y que cuelga en Youtube. De hecho, han estado a punto de descartarle para la misión a Irak porque sus superiores le consideran «un peligro para sí mismo y, posiblemente, para otros»; pero, finalmente, la acuciante necesidad de tener suficientes

trabajadores del servicio de inteligencia sobre el terreno ha determinado que fuera enviado a la zona de guerra.

Su trabajo consiste fundamentalmente en asegurarse de que los otros analistas de inteligencia del grupo disponen de acceso a todo aquello que están autorizados a ver. Esta posición le ha abierto la puerta a una ingente cantidad de datos alojados en la red de ordenadores del gobierno estadounidense.

Brad continúa chateando, oculto tras el *nickname* de *dawgnetwork*. Cada día se siente peor. Sus problemas personales, unidos a la consternación que le provoca la guerra, le han hecho tomar una decisión. No hay vuelta atrás. «La información debe ser libre», escribe. Al otro lado de la pantalla de su ordenador, quien lee y teclea es Julian Assange.

Assange es el director de Wikileaks, proyecto al que lleva vinculado desde el año 2006, cuando terminó sus estudios de física y matemáticas en la Universidad de Melbourne. Desde muy joven ha sido un apasionado de la informática, destacando como precoz *hacker* y programador; y Wikileaks es la plataforma idónea para desarrollar sus proyectos. Se trata de una organización internacional sin ánimo de lucro y que, a través de su sitio web, publica informes anónimos y documentos filtrados de interés público, preservando el anonimato de sus fuentes. A principios de 2010, esta organización todavía no es muy conocida, como tampoco lo es Julian Assange. Sin embargo, eso está a punto de cambiar para siempre.

Mientras chatea con Brad, Assange comprende la magnitud de la información que tienen entre manos. La filtración de esos documentos no sólo será un bombazo mediático, sino que puede alterar el curso de las relaciones internacionales de un modo dramático. Además, la revelación le convertirá muy pronto en la persona más importante del momento.

Brad le cuenta que lleva meses recopilando información muy sensible sobre la marcha de la guerra, así como sobre las operaciones de la diplomacia de Estados Unidos en todo el mundo. El Departamento de Defensa ha prohibido en sus instalaciones los dispositivos de almacenamiento USB por temor al *malware*, en un intento por asegurar las comunicaciones del país. Sin embargo, las unidades para CD grabables siguen operativas. Brad se jacta del modo en que se ha hecho con toda esa información: «He escuchado y cantado a Lady Gaga mientras extraía la que es posiblemente la mayor fuga de datos de la historia de América».

Brad acaba de superar a Daniel Ellsberg como el mayor soplón de la historia y, de la mano de Assange, comienza a preparar su primer *boom* informativo. Se trata de un vídeo que han titulado de forma provocadora *Asesinato colateral*, en el que puede verse un helicóptero Apache del ejército de Estados Unidos disparando sobre civiles en Irak, entre los que se encuentran dos empleados de la agencia Reuters, los cuales pierden la vida.

Para la edición del vídeo, Assange ha alquilado una casa en Islandia durante el mes de marzo de 2010; allí, él y otros activistas trabajan preparando su lanzamiento. *Asesinato colateral* verá finalmente la luz en abril. Brad quiere refugiarse en el anonimato, tal como le ha prometido Wikileaks, pero las ambiciones del hacker australiano son otras; finalmente, Assange lanza una campaña en la que trata de obtener la máxima publicidad posible, presentando el vídeo ante los medios de comunicación en el National Press Club, en Washington. Un mes más tarde, en mayo de 2010, el director de Wikileaks viaja a Australia, donde empiezan sus primeros problemas con la justicia. La policía le retira el pasaporte, que más tarde le es devuelto con la advertencia de que va a ser cancelado.

En realidad, eso no es nada comparado con lo que le espera a Brad. El muchacho ha estado chateando con otros hackers en internet y ha cometido más indiscreciones de las que debería. Desesperado por su situación personal y laboral, así como por el aislamiento total en el que está sumido, necesita encontrar a alguien en quien poder confiar, alguien que le dé el apoyo psicológico y la comprensión que necesita. Ha conocido a Adrian Lamo, un tipo bastante conocido en la escena hacker, y, sin pensárselo mucho, le ha contado todos sus secretos, incluida la filtración masiva de documentos a Wikileaks. Y lo que es más grave, le ha revelado su nombre real: Bradley Manning.

El ingenuo de Brad le cuenta: «Era información muy sensible. Y, bueno, se la mandé a Wikileaks. Dios sabe lo que sucederá a partir de ahora. Espero que haya un gran debate mundial, polémicas, reformas... Si no es así, estamos condenados como especie». Lamo le dice: «Puedes considerar esto una confesión o una entrevista que nunca será publicada, y que te permitirá contar con cierto grado de protección legal».

Lo que el soldado no sabe es que Lamo está a punto de romper su palabra y traicionar toda la confianza que Brad ha depositado en él delatándole a las autoridades. Bradley Manning es inmediatamente detenido en Bagdad y encarcelado, sin juicio previo, en una prisión de máxima seguridad. Después, un tribunal militar lo condenará a 35 años de prisión y la expulsión con deshonor del ejército por varios delitos de espionaje y robo de secretos. Brad todavía puede sentirse afortunado: si el juez lo hubiera encontrado también culpable de colaborar con el enemigo, le habría caído cadena perpetua.

Para empezar, Brad es confinado durante nueve meses en una prisión de Quantico (Virginia), donde se le aplican unas condiciones de reclusión terribles que le obligan a permanecer veintitrés horas al día encerrado en su celda, sin almohada, sin sábanas ni objetos personales y despojado de las gafas que debe llevar por prescripción médica. El único ejercicio que se le permite hacer es caminar por una habitación vacía, y para dormir es obligado a desnudarse, a excepción de la ropa interior.

Sus condiciones de encarcelamiento mejoran tras el traslado a la prisión militar de Fort Leavenworth, en el estado de Kansas; pero Manning deberá pasar entre rejas los siguientes 35 años, que son muchos más de los que tenía entonces. Brad no es el mismo hombre que antes de Wikileaks, de hecho, ya ni siquiera es un hombre. En 2014, por fin consiguió que el mismo ejército estadounidense aprobara su operación para cambiar de sexo y convertirse en mujer. Ahora tiene una nueva identidad, para la que ha elegido el nombre de Chelsea, Chelsea Manning.

El tratamiento y juicio de Manning por parte de las autoridades de Estados Unidos ha sido objeto de numerosas críticas alrededor del mundo. Desde amplios sectores de la sociedad civil y desde numerosas organizaciones no gubernamentales (ONG) se ha cuestionado la imparcialidad de la justicia. Son muchos los que creen que Chelsea Manning debería ser considerada una heroína de los derechos humanos, y no una criminal. La propia Amnistía Internacional declaró antes del juicio que «consideraría motivo de preocupación que un gobierno intentara castigar a una persona que, por razones de conciencia y de manera responsable, hubiera publicado información con el convencimiento razonable de que esa información era prueba de violaciones de derechos humanos».

Sin embargo, ninguna protesta podrá cambiar el destino de Chelsea Manning, como no ha podido cambiarlo la defensa de su abogado, que apeló a la frágil salud mental de su cliente y a sus buenas intenciones durante el juicio, y que ha solicitado a Obama el indulto, aunque sin éxito. Chelsea parece resignada a su suerte: «Si rechaza mi perdón cumpliré mi tiempo sabiendo que, a veces, hay que pagar un alto precio para vivir en una sociedad libre», le ha dicho al presidente.

Mientras tanto, las cosas también empiezan a ponerse negras para Assange, que dice sentirse perseguido por el gobierno estadounidense. No obstante, ni eso ni el precedente de Manning parecen poder poner freno a su determinación de hacer públicas las filtraciones de Chelsea. En julio y octubre de 2010 da a conocer un gran tesoro informativo en forma de documentos clasificados relacionados con las guerras de Afganistán e Irak. El director de Wikileaks ha trabajado con *The New York Times*, *The Guardian* y *Der Spiegel* para verificar, analizar y presentar dichos documentos. Por supuesto, no han gustado nada a las autoridades norteamericanas, que han condenado la publicación en términos muy duros y han ordenado la persecución de las fuentes responsables de la filtración.

Pero nada detiene a Assange y, pocos meses después, Wikileaks lanza una nueva bomba virtual, que esta vez lleva el nombre de «Cablegate». Se trata de más de 250000 cables, o mensajes confidenciales, del Departamento de Estado, escritos por 271 embajadas y consulados americanos en 180 países. Los documentos abarcan desde 1966 hasta febrero de

2010, y contienen un buen número de secretos embarazosos que ponen en evidencia que Estados Unidos ha estado utilizando a sus diplomáticos para espiar a sus aliados, incluyendo al secretario general de la ONU Ban Ki-moon.

Los cables mencionados detallan lo que el Departamento de Estado denomina *human intelligence* (inteligencia humana), que hace referencia a la información conseguida a través de contactos personales o mediante la relación informal. Aunque sin la expresa intervención de los servicios secretos, el espionaje encomendado a los funcionarios de embajadas y misiones abarca cientos de asuntos de interés estratégico para Estados Unidos: desde las gestiones y la apariencia física de los diplomáticos iraníes y norcoreanos en Nueva York hasta las negociaciones de paz en Palestina, pasando por los planes e intenciones del secretario general de la ONU y su equipo, las relaciones de Hamás y Hizbulá, las armas nucleares o los choques militares, étnicos y guerrilleros africanos.

Assange llega a un acuerdo con algunos de los diarios más prestigiosos del mundo para la publicación de los documentos. *The New York Times*, *The Guardian*, *Le Monde*, *Der Spiegel* y *El País* se comprometen a difundir únicamente aquellos cables «sujetos a una edición conjunta e integral y a un proceso de autorización». Publicarán toda la información que estimen relevante, pero editarán el contenido que pueda poner en peligro a las personas citadas en los cables o a los informantes secretos.

Sin embargo, poco después ocurre un error fatal. La clave de acceso al total de los documentos es revelada «accidentalmente», tras un malentendido por el que se culpan mutuamente *The Guardian* y Julian Assange. El director de la organización acusa al diario de haberla desvelado en un libro titulado *Wikileaks y Assange*, publicado por dos de sus periodistas, David Leigh y Luke Harding. Por su parte, *The Guardian* rechaza cualquier tipo de responsabilidad en relación con la publicación de los cables íntegros. David Leigh sostiene que el propio Assange le aseguró que la clave que le proporcionó funcionaría sólo durante un breve periodo de tiempo y que, por lo tanto, ya no sería válida una vez publicado el libro.

Sea como fuere, una vez que el acceso a la información ha sido facilitado, Wikileaks cree que ya no hay motivo para no publicar el nombre de las fuentes, y decide hacer públicos en su web todos los documentos sin editar.

A los pocos días, Assange revelará decenas de miles de cables diplomáticos en los que, por primera vez, la organización no oculta el nombre de los informantes. Los nuevos archivos identifican a personas que figuran bajo el epígrafe de «estrictamente protegidos», la fórmula que Washington utiliza para referirse a aquellos documentos cuya publicación podría poner en riesgo a los sujetos mencionados. En los cables aparecen también los nombres de activistas y de individuos perseguidos por sus gobiernos. Esta decisión desata la ira de Estados Unidos y

Australia, que denuncian que la actitud irresponsable de los activistas puede poner en peligro la seguridad de las fuentes citadas.

La medida también cae como un jarro de agua fría para *The New York Times*, *The Guardian*, *Le Monde*, *Der Spiegel* y *El País*, que emiten un comunicado conjunto en el que reprueban la decisión de Wikileaks: «Continuaremos defendiendo nuestros proyectos de colaboración anteriores. No podemos, sin embargo, defender la publicación innecesaria de la base de datos al completo. Es más, la condenamos conjuntamente». Y añaden: «La decisión de publicarlos le corresponde única y exclusivamente a Julian Assange. Él debe responsabilizarse de esa decisión».

El semanario alemán *Der Spiegel* abundará en las críticas anteriores, advirtiendo a la organización de que la «cadena de errores, descuidos, indiscreciones y confusiones» que ha hecho posible la filtración de la información tendrá consecuencias sobre la credibilidad de la página, y de que podría disuadir a potenciales «gargantas profundas» de ofrecer documentos a Wikileaks.

Además, Reporteros sin Fronteras ha decidido dejar de respaldar a la organización, anunciando que cancelará de forma temporal la página web con la que aseguraba la supervivencia del contenido de Wikileaks en caso de que la web de filtraciones sufriera un ciberataque: «Por un lado, algunos de los nuevos cables no han sido editados y muestran los nombres de informantes de varios países, incluidos Israel, Jordania, Irán y Afganistán. A pesar de que no se ha podido demostrar que hasta el momento se haya puesto en peligro ninguna vida, las consecuencias que podría tener para los informantes —represalias laborales, ataques físicos y otras— no pueden ser ignoradas», asegura en un comunicado. Además, Reporteros sin Fronteras ha acusado a Wikileaks de haber dado a los gobiernos democráticos «buenas razones para poner internet bajo estrecha vigilancia», a lo que la web de filtraciones ha respondido con sorna: «*Reporteros Sin Verificar los Hechos* ha emitido un comunicado idiota, basado en un montón de citas que jamás hemos hecho».

Lo cierto es que, aunque intenten tomárselo con humor, las cosas empiezan a ponerse feas para Julian Assange y Wikileaks. Las acusaciones de haber puesto en riesgo la vida de personas se han convertido en una amenaza real, y no sólo para funcionarios de la administración norteamericana. En China, por ejemplo, grupos nacionalistas desataron una caza de brujas para perseguir a los disidentes que aparecen identificados en los cables. En Estados Unidos, el director nacional de inteligencia ya considera que el caso Cablegate tendrá un impacto notable sobre la seguridad nacional, y son muchos los que piden que Assange sea juzgado por espionaje.

Comienza a estrecharse el círculo sobre el hacker australiano. El banco suizo en el que tiene alojada una cuenta decide cerrársela, alegando irregularidades de procedimiento: al parecer, Assange había afirmado tener su residencia en Ginebra cuando abrió el depósito, lo cual se reveló falso posteriormente.

Y esto no ha hecho más que empezar. La fiscalía sueca dicta una orden de busca contra Assange, al que acusa de cometer un delito de violación, abusos sexuales y coacción. Después de combatir sin éxito la orden de extradición, el líder de Wikileaks pide asilo a la embajada de Ecuador en Londres, y cede la dirección de la organización a Kristinn Hrafnsson.

Al mismo tiempo, el acoso para impedir la financiación de la web se hace más intenso. PayPal anuncia que, en adelante, no permitirá enviar dinero a la cuenta de Wikileaks, siguiendo las directrices del gobierno de Estados Unidos, que ha declarado ilegal la actividad de la asociación. Del mismo modo, MasterCard y Visa dificultan que los seguidores de Assange puedan contribuir económicamente al soporte técnico y legal del sitio web.

A pesar de todo ello, Wikileaks consigue mantenerse a flote. Todos los documentos continúan disponibles en internet para quien quiera consultarlos, y la web sigue manteniendo su actividad. La persecución a la que están sometidos no es óbice para que publiquen una cantidad ingente de documentos relacionados con la guerra en Siria y el espionaje al que la NSA tiene sometido al régimen de Bashar al-Assad, incluidos dos millones de correos electrónicos del régimen alauí y la mensajería personal del dictador.

Wikileaks se ha convertido en un fenómeno mundial y en el símbolo de la libertad en internet. Su modelo ha servido de inspiración para otros grupos de activistas locales o internacionales. Su popularidad es tal que Julian Assange es elegido hombre del año 2010 por la revista *Time*.

Sin embargo, la gloria tiene un precio. Assange permanece recluido en la embajada de Ecuador en Londres, y su futuro es incierto. Y Chelsea Manning va a pasar el resto de su juventud y la mayor parte de su vida en una prisión militar.

Con la historia de Manning, Assange y Wikileaks hemos despejado otra incógnita de la ecuación que planteamos al principio de este capítulo. Ya sabemos qué tiene en común Ban Ki-moon con Muhammad Alí, Martin Luther King y Jane Fonda: todos ellos han sido sometidos a algún tipo de vigilancia por parte de los servicios de inteligencia de Estados Unidos.

Pero todavía nos queda por conocer la relación que todos ellos guardan con Angela Merkel y el papa Francisco; y, por supuesto, no hemos explicado cómo demonios puedes estar vinculado tú con este grupo tan heterogéneo de personajes públicos.

Nos vamos aproximando al final de la historia, pero todavía hemos de viajar un poco más en el tiempo antes de poder regresar al presente. Sube al DeLorean y abróchate el cinturón, que vienen curvas.

El caso Snowden

Ahora estamos en junio de 2013. En una pequeña habitación de un hotel de Hong Kong, un hombre de veintinueve años de edad mira el reloj por encima de sus gafas. Se llama Edward y parece inquieto. A decir verdad, es normal que lo esté: lleva meses esperando la reunión que tendrá lugar dentro de unos minutos.

Edward acaba de llegar a la antigua colonia británica procedente de Hawái, donde hasta hace muy poco trabajaba como administrador de sistemas para el contratista de defensa Booz Allen Hamilton, dentro de la NSA. Se ha ausentado solicitando una excedencia temporal para someterse a un tratamiento contra la epilepsia que padece, pero no tiene ninguna intención de reincorporarse a su puesto. También ha trabajado para la NSA en Japón y, antes de eso, ha sido empleado de la CIA en Ginebra, donde desempeñaba el cargo de experto en seguridad informática.

En Hawái, Edward ha tenido una vida apacible junto a su novia, y ha disfrutado de un sueldo de 200.000 dólares que le ha permitido vivir muy desahogadamente. Sin embargo, toda esa tranquilidad ya es historia. Y lo más sorprendente de todo es que ha renunciado a esa tranquilidad por voluntad propia.

Las personas a las que Edward espera en su hotel de Hong Kong son Laura Poitras, Ewen MacAskill y Glenn Greenwald. Poitras es una reconocida realizadora de documentales especializada en vigilancia, MacAskill es un periodista del diario británico *The Guardian* y Greenwald es un abogado y bloguero que cuenta con una columna en ese mismo periódico, una columna desde la que ha emprendido una auténtica cruzada contra la vigilancia de los gobiernos.

Edward contactó por primera vez con Greenwald en diciembre de 2012, pero el abogado no disponía de un programa PGP (Pretty Good Privacy) que le permitiera encriptar las comunicaciones, y tampoco pensaba tomarse la molestia de conseguir uno para hablar con un tipo que no se había identificado y no le ofrecía más que una insinuación vaga.

Sin embargo, Edward no se da por vencido, y decide escribir a Laura Poitras, a la que ha descubierto al leer una de las columnas de Greenwald. Poitras se encuentra en su apartamento de Berlín cuando recibe el misterioso correo de alguien que se hace llamar

Citizenfour. A diferencia de Greenwald, ella sí dispone de un programa de encriptación, pero el remitente la instruye sobre cómo utilizar un canal de comunicación todavía más seguro. Después, Edward se presenta como un «miembro de alto nivel de la comunidad de inteligencia» y le asegura a la cineasta que hablar con él «no será una pérdida de tiempo».

Edward también mantendrá contacto con Bart Gellman, un periodista de *The Washington Post* al que hará cuantiosas revelaciones sobre los programas de espionaje masivo de la NSA, pero la relación con su confidente se enfriará después de solicitarle que publique unos documentos en el *Post* en menos de 72 horas, algo que Gellman ni puede ni quiere hacer.

Tras meses de intercambios de información confidencial con Gellman, Poitras y Greenwald, a quien la realizadora ha incorporado al equipo, Edward decide que ha llegado el momento de que se conozcan en persona: deben tomar un vuelo a Hong Kong para mantener una reunión cara a cara.

Descartado Gellman para la misión, Poitras y Greenwald inician los preparativos del viaje. A pesar de que Greenwald lleva sólo unos meses trabajando para *The Guardian*, el diario lo autoriza a viajar, pero con la condición de que les acompañe un periodista veterano y que goce de la confianza de la dirección. Se une así al grupo Ewen MacAskill. Al día siguiente, los tres toman un avión con destino a Hong Kong, sumidos en la incertidumbre de no saber qué les depara el destino.

Aterrizan en la antigua colonia británica el 1 de junio para entrevistarse con Edward dos días después. El extrabajador de la CIA y la NSA les ha dado unas directrices de localización propias de una película de Hollywood; deben situarse en la entrada de cierto restaurante y esperar a que él pase; para que le reconozcan, Edward llevará un cubo de Rubik en las manos.

Poitras y Greenwald dejan a MacAskill en su hotel para no despertar recelos en su fuente, que no le conoce, y se presentan a la hora acordada en el lugar establecido. En seguida aparece un muchacho de aspecto muy joven llevando un cubo de colores. Greenwald le pregunta: «¿A qué hora abre el restaurante?», a lo que Edward responde: «A mediodía. Pero no vayan ahí, la comida es malísima». Y añade: «Sígueme».

En silencio, los dos periodistas siguen a su informante hasta un hotel, toman el ascensor hasta la décima planta y se internan en una habitación, la 1014. Una vez allí, Edward se presenta: «Me llamo Edward Joseph Snowden». Greenwald repara en un vaso lleno de agua que descansa, de forma aparentemente incomprensible, junto a la puerta, y en una servilleta desplegada al lado del vaso que luce una mancha oscura. Al parecer es un viejo truco de espías para saber si alguien ha entrado en tu habitación en tu ausencia. De ser así, el agua del vaso se habría derramado al abrir la puerta sobre la servilleta impregnada de salsa de soja, cambiando el aspecto de su mancha y delatando la intrusión.

Casi de inmediato, los tres se ponen a trabajar. Al principio, Snowden se muestra tímido y nervioso, pero convencido de que está haciendo lo correcto por el «interés público» y mentalizado de que la decisión que ha tomado le va a cambiar la vida: reconoce sin ambages que ni su familia ni su novia saben que ha huido y que es posible que pase mucho tiempo antes de que pueda volver a verlos. Poitras inicia la filmación de la reunión a los pocos minutos, mientras Greenwald y Snowden comienzan a hablar sobre los documentos y sobre cómo ordenarlos para publicarlos en la prensa lo antes posible. Al día siguiente se incorpora también a las sesiones MacAskill, que al principio desconfía de Edward: parece imposible que un chico tan joven haya tenido tiempo de memorizar tal cantidad de información.

Los responsables de *The Guardian* se ponen en contacto con la Casa Blanca para hacerles saber que han recibido una filtración relativa a las actividades de espionaje llevadas a cabo por la administración estadounidense, y que tienen intención de hacerla pública de forma inminente. Sus interlocutores en la Casa Blanca, atónitos, intentan disuadir al diario de sus intenciones, pero *The Guardian* asegura que sólo se abstendrá de divulgar la información si se demuestra que su difusión pondría en peligro la vida de personas. El gobierno repone: «Entenderán que nosotros estamos más capacitados que ustedes para decir lo que supone un riesgo para la seguridad nacional. Ninguna empresa de comunicación sería haría eso». A lo que la directora del diario, Janine Gibson, contesta: «Entenderán que nosotros estamos más capacitados que ustedes para decir lo que es noticia».

La primera revelación verá la luz el día 6 de junio de forma simultánea en *The Washington Post* y *The Guardian*. Ambos diarios darán a conocer que la NSA, a través de un programa llamado Prism, tiene acceso a los servidores de los gigantes de internet como Google, Facebook o Apple, así como a los datos personales de cientos de millones de usuarios. Prism es el programa de vigilancia más importante que se ha descubierto desde que se hiciera público Echelon, una red de análisis de inteligencia desarrollada durante la guerra fría para interceptar las comunicaciones militares y diplomáticas, pero también privadas y comerciales.

La noticia cae como una bomba. En los días sucesivos, el equipo desplazado a Hong Kong continúa entrevistándose con Snowden y publicando nuevos datos. Será así como descubran la existencia de otros programas de vigilancia, como Tempora y XKeyscore. El programa Tempora permite a los países que forman la alianza Five Eyes (Estados Unidos, Reino Unido, Australia, Nueva Zelanda y Canadá) pinchar más de doscientos cables de fibra óptica, muchos de ellos interoceánicos, a través de los cuales se transmite la información en todo el mundo. Por su parte, XKeyscore sirve para filtrar información de correos electrónicos y redes sociales, entre otro tipo de comunicaciones, en bases de datos. Los documentos de Snowden demuestran que Estados Unidos puede rastrear los datos de los internautas sin necesidad de autorización

judicial, y simplemente ingresando el nombre de usuario, la empresa proveedora del dominio y el rango de fechas a buscar. Además, las filtraciones revelan que la NSA almacena cada día 5000 millones de datos de localización de usuarios, obtenidos a través de teléfonos inteligentes y empresas de telefonía móvil.

Pero hay más: los archivos filtrados por Snowden dan cuenta de que la NSA ha espiado el correo electrónico y los teléfonos de 35 dirigentes políticos extranjeros, entre ellos, la canciller alemana, Angela Merkel, la presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, el papa Francisco, el mandatario mexicano, Enrique Peña Nieto, y diversos miembros del gobierno de España, además de algunas grandes empresas, como la brasileña Petrobras.

Según los datos facilitados por Edward, Estados Unidos comenzó a espiar el teléfono de Merkel en 2002, tres años antes de que la actual canciller accediera a la jefatura del gobierno. Obama ha negado tener conocimiento de estos hechos, pero, según los documentos de Snowden, el presidente estadounidense estaba al corriente de la situación y la había autorizado: por lo visto no se fiaba de Merkel, y quería conocer de primera mano quién era realmente esta política.

En este mismo contexto de espionaje a líderes mundiales, la NSA ordenó intervenir las comunicaciones del Vaticano, incluyendo las llamadas realizadas por Jorge Bergoglio justo antes del cónclave en el que resultaría elegido papa.

A pesar del indiscutible éxito que han tenido las filtraciones, Edward está cada vez más irritable y paranoico, sabe que la NSA lo está buscando, y que, haciendo uso de su tarjeta de crédito, es sólo cuestión de poco tiempo que lo encuentre. Ataviado con una camiseta y sentado en la cama, se tapa la cabeza con una manta mientras escribe en el portátil para evitar la activación remota de la cámara frontal del ordenador.

Decide entonces que ha llegado el momento de desvelar su identidad y comenzar a planear un plan de huida: «No me quiero esconder, quiero salir y decir que no tengo miedo», asegura. Junto con Greenwald y Poitras, graba una entrevista que se hace viral en cuestión de minutos. Pero, casualmente, un periodista identifica el hotel donde ha sido grabado el vídeo al reconocer una de las lámparas que aparecen en la grabación, lo cual precipita la huida de Snowden.

El antiguo analista de seguridad de la NSA abandona su hotel y se refugia en algún lugar de Hong Kong. En los días siguientes concederá una entrevista a un medio local en la que asegurará que Estados Unidos hackea los ordenadores de China. Las autoridades del país asiático desconfían de Snowden, que comienza a confirmar sus sospechas de que Hong Kong ya no es un lugar seguro para él. Decide entonces seguir las recomendaciones de Julian Assange y buscar asilo en Ecuador. El 22 de junio de 2013 tomará un vuelo a Moscú, donde

tiene pensado hacer escala para viajar a continuación a La Habana y llegar a Quito dos días más tarde de su partida. Sin embargo, Edward nunca alcanzará su destino.

Horas antes de iniciar su viaje, Estados Unidos le acusa de espionaje, emite una orden internacional de extradición y le cancela el pasaporte. Assange, por su parte, ha enviado a Hong Kong a la colaboradora de Wikileaks Sarah Harrison (de quien se dice que es su novia) para asesorar legalmente a Snowden. Tras hacer algunas averiguaciones, ambos llegan a la conclusión de que el gobierno chino no le pondrá demasiadas trabas para abandonar el país: al parecer quieren lavarse las manos en todo este asunto.

Así, nervioso pero decidido, Edward se presenta con Sarah en el aeropuerto para tomar su avión a Moscú. Mientras caminan por la terminal son conscientes de que les siguen agentes chinos de paisano. Sin embargo, ninguno se acerca a ellos ni hace intención de impedir su viaje. Snowden presenta su pasaporte en el control de seguridad. El corazón le palpita a doscientos latidos por minuto, y un sudor frío le resbala por la frente. El funcionario que se yergue tras el mostrador lo mira durante unos instantes que a él, como prófugo, le parecen eternos, y luego le deja pasar.

Lo han conseguido, están volando a Moscú. Lo que no sospechan es que ya se agolpan, aguardando su llegada, decenas de periodistas en el aeropuerto de Sheremétievo. Un chivatazo de alguien del gobierno chino les ha puesto sobre aviso. Los medios también saben que, en unas horas, Snowden partirá en un vuelo de enlace a La Habana desde la capital rusa. Muchos reporteros se apremian para comprar un billete en el mismo vuelo. Pero, a pesar de la expectación despertada, Edward nunca subirá a ese avión. La próxima imagen que se tendrá de él llegará meses más tarde, en octubre. Una fotografía muestra a Snowden retratado en un barco junto a Sarah Harrison, en un río de algún lugar de Rusia.

Hace menos de un año, Edward era un joven con una carrera brillante, un sueldo envidiable y una vida apacible con su novia en las islas de Hawái. Hoy vive como un fugitivo, con una existencia que él mismo ha definido como la propia de un «gato casero». Apenas sí sale de su casa, y cambia de domicilio con mucha frecuencia. El contacto con su familia o con el exterior es mínimo. Es el precio que ha decidido pagar por convertirse en el mayor soplón de la historia de Estados Unidos, superando a Chelsea Manning y Daniel Ellsberg, los otros dos miembros de este podio de honor. O de deshonor. Héroes para unos, traidores para otros.

Pero ¿por qué lo hicieron? ¿Qué puede llevar a alguien a cambiar su vida y a ponerla en riesgo para el resto de sus días? En contraespionaje existe un formulario para evaluar las motivaciones psicológicas de quienes se convierten en traidores o dobles agentes. Se lo conoce con el acrónimo MICE —dinero, ideología, coacción y ego.

Para quienes lo consideran un traidor, Snowden puntúa muy alto en ego. La forma de pavonearse en sus apariciones de internet y la jactancia que exhibe en sus declaraciones (dijo que él podría espiar hasta al presidente de Estados Unidos si quisiera), llevan a algunos expertos a pensar que Edward es un narcisista.

Para otros, en cambio, la explicación a la traición de Snowden hay que buscarla en la letra «I», la de ideología. Según ellos, Snowden es un auténtico creyente de lo que hace. Tal como sostiene un antiguo oficial de inteligencia estadounidense: «Con Manning era evidente que había un trastorno psicológico y emocional detrás, pero Snowden parece movido por la convicción de que toda información debe ser libre».

Héroes o traidores, los tres protagonistas de este viaje en el tiempo, Daniel Ellsberg, Chelsea Manning y Edward Snowden, nos han permitido repasar los casos más importantes y escandalosos sobre espionaje y filtración de documentos de toda la historia. Ahora sabemos qué tienen en común Muhammad Alí, Jane Fonda, Martin Luther King, Ban Ki-moon, Angela Merkel y el papa Francisco: todos ellos han sido vigilados y espiados por los servicios de inteligencia estadounidenses.

¿Y tú? Bueno, tú no ibas a ser menos. Tú eres una de las cientos de millones de personas vigiladas por la NSA. Tienen tus correos electrónicos, tus llamadas de móvil, tus mensajes de texto, tus fotografías de Instagram, tu información de Facebook, tu ubicación en Google Maps. Saben las páginas que visitas en internet, lo que buscas en Google, los archivos que descargas a tu ordenador, las cosas que te gustan, las aplicaciones que instalas... Y hasta conocen tus puntuaciones en Angry Birds. Lo saben todo sobre ti. Y no puedes esconderte.

Y esta es sólo la punta del iceberg. A la vuelta de esta página te espera un mundo dominado por el espionaje, la ciberguerra y el terrorismo. Ese es tu mundo, el que hay ahí fuera; formas parte de él, y te lo están ocultando. Demos pues por terminado este primer capítulo y este juego real: *game over*.

Ahora te enseñaré toda la verdad.